



sus vecinos, y no quería estar más á las condiciones impuestas al rey Felipe su padre. Entónces fué cuando comenzaron las persecuciones del pueblo de Dios. Antioco el Ilustre reinaba como un furioso; volvió toda su rabia contra los judíos, é intentó arruinar el templo, la ley de Moisés y toda la nación. La autoridad de los romanos le impidió hacerse señor de Egipto. Hacían ellos la guerra á Perseo, que más pronto á los intentos que á las ejecuciones, perdía sus aliados por su avaricia y sus ejércitos por su cobardía. Vencido del cónsul Paulo Emilio, se vió obligado á ponerse en sus manos. Gencio, rey del Ilirio, abatido en treinta dias por el pretor Anicio, acababa de experimentar una igual suerte. El reino de Macedonia, que habia durado 700 años, y dado señores, no sólo á Grecia, sino áun á todo el Oriente, quedó reducido á provincia romana. Los furioses de Antioco se aumentaban contra el pueblo de Dios. Véanse entónces la resistencia de Matatías sacrificador, de la estirpe de Pinées é imitador de su celo; las órdenes que deja al morir para la salud de su pueblo; las victorias de Júdas Macabeo su hijo, á pesar del número infinito de sus enemigos; la elevacion de la familia de los asmoneos ó macabeos; la nueva dedicacion del templo profanado por los gentiles; el pontificado de Júdas y la gloria del sacerdocio restablecido; la muerte de Antioco, digna de su impiedad y de su altivez; su falsa conversion en su última enfermedad, y el implacable enojo de Dios contra aquel rey soberbio. Su hijo Antioco Eupator, de edad aún tierna, le sucedió bajo la tutela de Lisias, su ayo. Durante su menor edad, Demetrio Sotero, que en Roma estaba en rehenes, creyó restablecerse, pero no pudo obtener del Senado que le restituyese á su reino; que la política romana quería más en el trono un rey niño. Bajo Antioco Eupator continúan la persecucion del pueblo de Dios y las victorias de Júdas Macabeo. Introdúcese la division en el reino de Siria. Demetrio se escapa de Roma, los pueblos le reconocen, el jóven Antioco es muerto con Lisias su tutor. Pero los judíos no son mejor tratados por Demetrio que por sus predecesores; también él experimenta la misma suerte; sus generales son derrotados

por Júdas Macabeo, y la mano del soberbio Nicanor, con que habia tan frecuentemente amenazado al templo, queda allí clavada. Pero un poco despues, oprimido Júdas de la multitud, muere peleando con un valor asombroso. Su hermano Jonatás le sucede en su empleo y mantiene su reputacion. Aun reducido al extremo, mantuvo siempre su brío. Regocijados los romanos de humillar á los reyes de Siria, acordaron á los judíos su proteccion y la alianza que habia Júdas enviado á pedirles les fué también concedida, aunque sin socorro alguno, pero la gloria del nombre romano no dejaba de ser de un grande apoyo al afligido pueblo. Las turbaciones de Siria crecian cada dia. Alejandro Balas, que blasonaba ser hijo de Antioco el Ilustre, fué por los parciales de éste elevado al trono. Los reyes de Egipto, enemigos péptuos de la Siria, se mezclaban por aprovecharse de ellas en sus discordias. Ptolomeo Philometor sostuvo á Balas. La guerra fué sangrienta, y murió en ella Demetrio Sotero, no dejando otros vengadores de su muerte que á Demetrio Nicator y Antioco Sidetes, príncipes de edad aún tierna. Así el usurpador quedó sin inquietud, y el rey de Egipto le dió su hija Cleopatra en matrimonio. Balas, que se creyó superior á cualquier peligro, se sumergió en los desórdenes y se granjeó el desprecio de todos sus vasallos. En este tiempo Philometor juzgó el famoso proceso que los samaritanos hicieron á los judíos. Aquellos cismáticos, siempre opuestos al pueblo de Dios, jamas dejaban de unirse con sus enemigos, y por complacer á Antioco el Ilustre, su perseguidor, habian consagrado su templo de Garizim á Júpiter Hospitalico. No obstante esta profanacion, no dejaron estos impíos de sostener algun tiempo despues de Alejandro, delante de Ptolomeo Philometor, que su templo debia ser preferido al de Jerusalem. Las partes contestaron delante del rey, y se empeñaron una y otra, pena de la vida, á justificar sus pretensiones, por los términos de la ley de Moisés. Los judíos ganaron su causa, y fueron los samaritanos castigados con pena de muerte, segun el pacto. El mismo rey permitió á Onías, de la estirpe sacerdotal, fabricar en Egipto el templo de Heliópolis, segun el mo-



delo del de Jerusalem; empresa que fué condenada por todo el consejo de los judíos, y juzgada contraria á la ley. Entre tanto, Cartago, que con dificultad toleraba las leyes que Escipion Africano le habia impuesto, se rebeló. Los romanos resolvieron su fatal ruina, y se emprendió la tercera guerra púnica. Salido de la infancia el jóven Demetrio Nicator, pensaba en restablecerse en el trono de sus antepasados, prometiéndoselo todo la vida afeminada del usurpador. Turbóse Balas al verle cerca; su suegro Philometor se declaró contra él, por no haberle dejado Balas ocupar su reino; la ambiciosa Cleopatra se apartó de él por casarse con su enemigo, y en fin pereció á manos de los suyos, despues de la pérdida de una batalla. Philometor murió pocos dias despues, de las heridas que recibió en ella, y la Siria quedó libre de dos enemigos. Por este mismo tiempo se vió la caida de dos grandes ciudades. Cartago fué tomada y reducida á cenizas por Escipion Emiliano, que con esta victoria confirmó en su casa el renombre de Africano, y se mostró digno heredero del gran Escipion su abuelo. Corinto tuvo el mismo destino, y pereció con ella la república de los acheos. El cónsul Mummio arruinó del todo esta ciudad, la más deliciosa de la Grecia y la más adornada, y trasportó á Roma las incomparables estatuas, sin conocer su precio, que los romanos ignoraban las artes de la Grecia, contentándose con saber la guerra, la política y la agricultura.

Fortificáronse los judíos durante las turbaciones de la Siria. Jonathás se vió solicitado de los dos partidos, y Nicator, victorioso, le trató de hermano, de que tuvo bien presto la recompensa. En una sedicion acudieron los judíos y le sacaron de entre las manos de los rebeldes; Jonathás fué colmado de honores, mas cuando el rey se creyó seguro abrazó las máximas de sus antepasados y afligió como ellos á los judíos. Revivieron las turbaciones de la Siria; Diodoro Triphon elevó á un hijo de Balas, llamándole Antioco el Dios, y le sirvió de tutor en su menor edad. La soberbia de Demetrio sublevó los pueblos; toda la Siria ardia; Jonathás supo aprovecharse de la coyuntura, y renovó con los romanos la alianza. Todo le sucedia

prósperamente, cuando Triphon, faltándole á la palabra, le hizo perecer con sus hijos. Sucedióle su hermano Simon, el más prudente y feliz de los macabeos, y los romanos le favorecieron, como habian hecho con sus predecesores. No fué ménos infiel Triphon á su pupilo Antioco que lo habia sido á Jonathás. Hizo morir á este niño por medio de los médicos, con el pretexto de hacerle cortar la pierna, que no padecia, y se apoderó de una parte del reino. Simon tomó el partido de Demetrio Nicator, rey legítimo, y despues de haber obtenido de él la libertad de su país, la mantuvo con las armas contra el rebelde Triphon. Fueron echados los sirios de la ciudadela que tenian en Jerusalem, y despues de todas las plazas de la Judea. Libres así los judíos del yugo de los gentiles por el esfuerzo de Simon, acordaron las preeminencias reales á él y á sus sucesores, y Demetrio Nicator consintió en este nuevo establecimiento. Este principio tuvo el nuevo reino del pueblo de Dios y el principado de los asmoneos, siempre unido al sumo sacerdocio. En estos tiempos se extendió el imperio de los partos en la Bactriana y las Indias por las victorias de Mitridates, el más valeroso de los Arsacidas. En tanto que se avanzaba hácia el Eufrátes, Demetrio Nicator, llamado de los pueblos de aquella region que Mitridates acababa de sujetar, esperaba reducir á la obediencia los partos, á quienes los sirios trataban siempre de rebeldes. Consiguio muchas victorias, y estando para volver á la Siria á acabar en ella con Triphon, cayó en el lazo que un general de Mitridates le habia armado, y quedó prisionero de los partos. Triphon, que con la desgracia de este príncipe se creia seguro, se vió de improviso abandonado de los suyos, á quienes era ya insufrible su soberbia. Durante la prision de Demetrio, su rey legítimo, se entregaron á su mujer Cleopatra y á sus hijos; pero fué necesario buscar defensor á estos príncipes de edad aún tierna. Tocaba naturalmente este cuidado á Antioco Sidetes, hermano de Demetrio; hizole Cleopatra reconocer en todo el reino, mas Fraates, hermano y sucesor de Mitridates, trató á Nicator como á rey y le dió su hija Roduguna en matrimonio. Cleopatra, en odio de esta competi-



dora, que le quitaba la corona y el marido, se casó con Antiocho Sidetes, y se resolvió á reinar á costa de cualquier delito. El nuevo rey atacó á Triphon; Simon se le juntó en esta empresa, y forzado el tirano en todas sus plazas, acabó como merecía. Antiocho, dueño ya del reino, olvidó bien presto los servicios que le habia hecho Simon en esta guerra, y le quitó la vida. En tanto que recogia todas las fuerzas de Siria contra los judíos, Juan Hircan, hijo de Simon, sucedió á su padre en el pontificado, y se le sometió todo el pueblo. Sostuvo despues el sitio dentro de Jerusalem con mucho esfuerzo, y la guerra que Antiocho meditaba contra los partos por libertar á su hermano, le hizo acordar condiciones tolerables á los judíos. Al mismo tiempo que se concluyó esta paz, los romanos, que comenzaban á ser muy ricos, hallaron unos formidables enemigos en la espantosa multitud de sus esclavos. Euno, uno de ellos, los sublevó en Sicilia, y fué necesario para reducirlos todo el poder romano. Un poco despues, la sucesion de Attalo, rey de Pérgamo, que nombró en su testamento heredero suyo al pueblo romano, introdujo la discordia en la ciudad. Comenzaron los alborotos de los Gracos. El sedicioso tribunado de Tiberio Graco, uno de los primeros hombres de Roma, fué causa de su ruina; todo el Senado le mató por mano de Escipion Nasica, y no halló sino este medio de impedir la perniciosa distribucion del dinero con que este elocuente tribuno lisonjeaba al pueblo. Escipion Emiliano reataba la disciplina militar, y este grande hombre, que habia destruido á Cartago, arruinó tambien en España á Numancia, terror de los romanos.

Desde este punto, segun Cantú, la atencion se reconcentra en Roma, la cual, despues de haberse asimilado, aunque con alguna dificultad, los primeros elementos, se lanza como un gigante para apropiarse el universo. Dotada de

maravillosa perseverancia en sus vastos designios, tiene que habérselas con naciones que se sostienen sólo por las leyes del equilibrio, variables en sus alianzas y atentas únicamente á crecer é impedir que las demas se aumenten. ¿Podia ser dudoso el éxito? Cuando Roma se desborda de la vencida Italia, se encuentran frente á frente las estirpes jafética y semítica: aquélla con el genio del heroísmo, de las bellas artes, de la legislacion; ésta con el espíritu de industria y de comercio. La última sucumbe cuando Tiro cede el puesto á su émula Alejandria y cuando Cartago es destruida por Roma; y apenas si quedan recuerdos de aquella civilizacion entre los que recogen sus frutos. ¿Quién sabe si la colonia de Argel, ahora naciente en aquellos contornos, no podrá, como Mario, sentarse entre las ruinas de Cartago y obtener de ellas las revelaciones que ya se han obtenido de Babilonia y de Ménfis?

De esta suerte vence Roma al Oriente ántes de arrojarle á combatirlo en Egipto, en Siria, en el Ponto y en Armenia; pero al dar el Oriente á la vencedora la industria y las ciencias, la corrompe y cambia. Roma, áun fabricando cadenas para el mundo, se muestra magnánima; daba libertad á los pueblos, distribuia las provincias entre sus aliados, y humillaba á los siervos, perdonando á los que se sometian; pero despues que pasa al Asia, no reconoce ningun obstáculo; cree insulto propio la libertad de los demas, y viola descaradamente el derecho. Perseo es conducido entre cadenas, y sirve de espectáculo á un vulgo que insulta las régias desventuras; Cartago es destruida inicualemente; Numancia, acreedora á la admiracion de la posteridad, no conmueve al brutal vencedor, sino cuando despues de derramar la sangre del enemigo, pasa á derramar la del ciudadano.

CAPITULO II

Estado del mundo antiguo á la muerte de Alejandro Magno (1)

La historia asiste á la última trasformacion del mundo antiguo.

El imperio de Alejandro ocupa el centro de la tierra pagana. Al Oriente toca con la India y se apoya en las montañosas fronteras del Asia Septentrional. Al Occidente abarca todo el país helénico y los bárbaros que flotan en derredor suyo.

Á la derecha de este imperio, las hordas escíticas y tártaras, que anuncian la conquista europea, amenazan y estrechan la China.

Á la izquierda, el Epiro, con las correrías de sus aventureros reyes, pone en relacion la Grecia con la esfera de accion en que se mueve Roma. ¡Admirable espectáculo ofrece este conjunto de naciones!

Por desgracia, la unidad no es más que ficción. Á la muerte de Alejandro todo se desata. El mundo, unido por un momento al centro macedónico, se desparrama como un haz desatado.

La China permanecerá aún separada del movimiento general. Sus pequeños principados feudales se funden en un solo Estado, y se levanta su gran muralla. Á un tiempo envuelve una vasta proscripcion á los letrados, y á la vez el imperio del Mediodía se cubre de monumentos y toma una nueva faz. Pasa despues del despotismo á la anarquía, y apenas

encuentra bastante fuerza para desembarazarse de los tártaros. Despues de una veleidad belicosa, la China se anula bajo el poder de los eunucos.

La India no ha conservado su independencia. La influencia griega, amenazando en las fronteras, domina en los negocios interiores y las querellas reales. Más tarde el Ganges y el Indo reconocen la supremacia de los señores del Asia Central; y los pacíficos habitantes del Indostan tiemblan ante un emperador chino ante la invasion escítica, que se sitúa en el norte de sus fronteras. En fin, un gran príncipe, abriendo una nueva era, rechaza á los extranjeros y reúne la comarca bajo una sola denominacion.

Entre la China, la India y la cuenca del Tigris y del Eufrates, se extiende un vasto recinto, defendido por una faja de escarpados picos, en los cuales acampan y chocan entre sí incesantemente vagabundas y guerreras poblaciones. Nadie sabe las sangrientas revoluciones que trastornan esta atrincherada llanura, de donde salen despues formidables expediciones.

Turbulentos esclavos, hábiles conductores, adiestrados arqueros (1), andan errantes y en constantes guerras en estas vastas estepas, ó

(1) *Hionug-nou, Laung, Yuet-chi*; todos estos nombres tienen una significacion real.

(1) Véase Riancey, t. III.